

A veces prosa Escrituras de la luz

Adolfo Castañón

La escritura de la luz se da como lenguaje y como misterio. El escribano de la luz es ante todo un hombre que calla y contempla. En su ser humilde, apegado a la tierra, acción y contemplación se cruzan en el instante del relámpago: *Parábola óptica*. El vórtice de las imágenes se hace fotografía, el *Retrato de lo eterno* se mece en el espacio como un junco. *El ensueño* mira a lente abierta desde una sombra, *Fruita prohibida*: un pecho desnudo se asoma tras un rebozo, un falo de párvulo se posa como ave tímida en la orilla de una bacinica de peltre: *Niño orinando*.

El artesano de la luz sabe sorprender a *La buena fama durmiendo* entre abrojos; sabe decir y callar contemplando, póngase por caso, a *Obrero en huelga, asesinado*. El escultor de la luz participa de la paciencia del santo y de la santidad de la esperanza que aflora en el respunte del aire: así rondan tácticos unos *Reyes de danza*, así se plantan esos *Trabajadores del fuego*. Todos advierten a señas que *Los sueños han de creerse*.

Al cabo de su vida centenaria (vivió, de hecho, como los profetas, su siglo), tenía Manuel Álvarez Bravo una mirada donde relampagueaba la inocencia. El amanuense de la luz no sólo es un niño que se asoma tras la *Ventana a los magueyes*; es un observador indiscreto y a veces encantador de las *Tentaciones en casa de Antonio*; es también un pintor de vastos paisajes anchurosos del universo-mundo y un retratista al estilo de los grabadores antiguos tal Alberto Durero. Álvarez Bravo ha declarado su deuda hacia las figuras del muralismo cuya obra cabe contemplar en bicicleta y, en cierto modo, se reconoce como un alquimista oscilante entre diversos elementos como platino-paladio, plata sobre

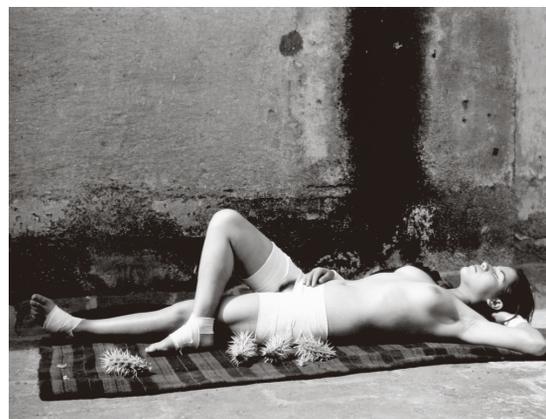
gelatina, vacilante al sesgo incisivo que va haciendo de cada contacto y de cada encuadre un experimento, y de cada imagen una naturaleza muerta o un exvoto. El que experimenta tiene algo de mago y de inverosímil taumaturgo que transfigura, cuando no transmuta, y sabe hacer el milagro de vencer *Los obstáculos* para trasladar fuera del tiempo hacia los meridianos hospitalarios del claroscuro *Dos pares de piernas* o *El trapo negro* como caligrafías acechantes: es la luz en la carne que la contempla.

Como casi todo en el arte, ese saber se da en términos de un aprendizaje del olvido (*Colchón/nòhcloC*) de todo lo que no sea o esté contenido en esa *Caja de visiones* o microescenario de la forma que es el estuche ingrátido de la fotografía.

Asombra y maravilla desde ese siempre cautivo tras un *Caballo de aparcador* o dibujado en la prístina presencia de *Margarita de Bonampak*, relicario y contraseña, que el fotógrafo se exprese, “diga” y “hable” callando, cediendo la voz al espacio, la imagen al objeto de su atención, ya fulgurante torso desnudo de mujer, ya pared o cabellera amansada por la morosa porosidad del peine como una flor del mal.

II

En una conocida carta del poeta romántico inglés John Keats a su amigo Lord Houghton, alguna vez traducida por Julio Cortázar, se dice: “El poeta vive sin cesar en otro cuerpo, él es todo o nada...”. Ese arte de vivir y desvivirse en el otro, en otro cuerpo, en otra obscuridad, en la luz otra es el del fotógrafo desvelado por la revelación que estriba en saber trans-



Manuel Álvarez Bravo, *La buena fama durmiendo*, 1939

mutar el tiempo en espacio mediante una forma en la que el asombro se mimetiza: en esos caballitos de madera que están a punto de saltar a la vista, se hace palpable la condición asombrosa del hecho fotográfico en cuyo seno el grito se plasma en mueca y la música de la materia tan pronto se coagula, tan pronto se cristaliza en indulgentes claroscuros entreverados en una hamaca.

Más allá de la imagen, desde el fondo de la cámara lucida, desde la clara óptica de la cámara surge la imagen del rostro prendido en el retrato o del paisaje encadenado a la ley de la luz.

Está en juego —reconozcámoslo— un arte de ver y, sobre todo, de volver a ver: se despliega en estos reinos de papel no sólo el espectáculo sino —¡cuidado!— el respeto —*rerespectare*—, y no sólo el deseo sembrado por las manos invisibles de la imagen deseante, sino el pudor de esa mirada que busca transformar lo mirado en presencia. De ahí entonces la naturalidad con que el fotógrafo hace más habitable y hospitalario el mundo; de ahí entonces la fuerza con que nos invita a pulsar, de parpadeo en parpadeo, el callado coloquio de las cosas más modestas y humildes, más inermes y expuestas, precisamente: expuestas a la majestad de la luz. Sólo él, artesano silencioso, obrero humilde del tesoro custodiado por el rayo, sabe traducir, trasladar de un ámbito —el del tiempo— a otro —el del espacio— estos caudales de la imagen dándonos la ilusión adánica de contemplar por primera, prístina vez los reinos de este otro mundo que, al fin y al cabo, son los únicos nuestros, los únicos llamados a perdurar más allá de esta fugitiva hoja. **U**